

# Desde esta Cruz, donde se consumó la muerte; surgió la vida para salvar al género humano

LA PASIÓN señala el punto culminante de la obra que Jesús viene a realizar aquí abajo; para él, es la hora en que consuma el sacrificio que debe dar a su Padre una gloria infinita, rescatar a la humanidad y volver a abrir las fuentes de vida eterna a los hombres. Así es como Nuestro Señor, que se ha entregado por entero al beneplácito de su Padre desde el primer momento de su Encarnación, desea ardientemente ver llegar lo que él llama "su" hora, la hora por excelencia. "Debo ser bautizado con un bautismo, el bautismo de agua".

Le llega a Jesús que llegue la hora en que podrá sumergirse en el dolor y soportar la muerte, para darnos la vida.

Por eso, lo que no quiere adelantarse a esta hora; Jesús está totalmente cometido a la voluntad de su Padre. San Juan hace notar más de una vez que los judíos han tratado de sorprender a Cristo y hacerlo morir; Nuestro Señor se ha librado siempre, aun mediante un milagro, "porque no había llegado su hora".

Pero cuando llega, el Cristo se entrega con verdadero ardor, aunque conozca de antemano todos los sufrimientos que deberá soportar en su cuerpo para su amor. "Arduamente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de mi Pasión". Ha llegado el fin, la hora esperada hasta tanto tiempo.

Contemplamos a Jesús en esta hora. Este misterio de la Pasión es inefable y todo en ella es grande, hasta los menores detalles, como pasa con todas las cosas en la vida del Hombre - Dios. Aquí, en particular, estamos a las puertas de un santuario a donde no podemos entrar sino con una fe viva y una profunda reverencia.

Un texto de la carta de San Pablo a los Efesios resume los puntos esenciales que debemos considerar en este misterio: "Cristo... amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para purificarla a sí mismo Iglesia gloriosa, que no tenga mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que sea santa y sin mancha".

En estas palabras está indicado todo el misterio de la Pasión: "Jesús en persona se ha entregado"; es ipsum tradidit.

¿Y qué es lo que lo ha empujado a entregarse? El amor es la razón profunda del misterio Diligit Ecclesiam. Y el fruto de esta oblación total de sí mismo, por amor, es la santificación de la Iglesia: Ut illam sanctificet... ut illam sancta et immaculata.

Cada una de estas verdades reveladas por el Apóstol encierra para nuestras almas tesoros de luz y frutos de vida. Contemplémoslas durante algunos instantes; veremos luego cómo debemos participar en la Pasión de Jesús para enriquecernos con esos tesoros y recoger sus frutos.

San Pablo nos dice que "Cristo amó a la Iglesia". La Iglesia significa aquí el reino de los que desean, como lo dice igualmente el Apóstol, formar el cuerpo místico de Jesús. El Cristo ha amado a esta Iglesia, y es por haberla amado que se entregó por ella. Es el amor el que ordenó la Pasión.

Por cierto, primero y ante todo, es por amor a su Padre que Jesús sufrió la muerte en la cruz. El mismo lo dice textualmente: "A fin de que el mundo sepa que amo a mi Padre, cumplo su voluntad, que es que yo me entregue a la muerte".

Ved a Cristo Jesús en su agonía. Durante tres horas, el tedio, la tristeza, el temor, las angustias se lanzan sobre su alma como un torrente, y la invaden a tal punto que la sangre se escapa de sus venas sagradas. ¿Qué abismo de dolor en esta agonía!

¿Y qué dice Jesús a su Padre? "Padre, si es posible, aleja de mí este cáliz". ¿Era acaso que el Cristo no aceptaba la voluntad de su Padre? ¡Oh! ciertamente. Pero esta súplica es el grito de la sensibilidad de la pobre naturaleza humana trillada por el hastío y el dolor, en ese momento es realmente Vir agens infirmilatem: "un hombre tocado por el dolor". Nuestro Señor siente el peso aterrador de la agonía sobre sus hombros; quiere que nosotros lo ayudemos y he aquí por qué ha orado así.

Pero escuchad lo que añade en seguida: "No obstante, oh Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya". Aquí está el triunfo del amor. Porque ama a su Padre, coloca la voluntad de su Padre por encima de la suya, y acepta sufrir todo. Nada que el Padre hubiere podido, si lo hubiese dispuesto en sus eternos designios, alterar los padecimientos de Nuestro Señor, cambiar las circunstancias de su muerte; no lo ha querido. En su justicia ha exigido que, para salvar al mundo, el Cristo se entregara a todos los dolores. ¿Esta voluntad ha disminuido el amor de Jesús? No, por cierto; no dice: "Mi Padre hubiere podido arreglar las cosas de otra manera"; no, acepta totalmente todo lo que su Padre quiere: Non recusat voluntatem sedis patris.

He aquí en adelante hasta la consumación del sacrificio. Unos instantes después de su agonía, en momentos de ser arrestado, cuando San Pedro quiere defenderlo y hieren con su espada a uno de los que venían a prender a su Maestro, ¿qué le dice al punto Jesús? "¡No te levantes a defenderme!; el cáliz que me ha dado mi Padre, ¿he de dejar yo de beberlo?".

Así, pues, es ante todo el amor a su Padre lo que impulsa a Cristo a aceptar los tormentos de su Pasión. Pero es también su amor por nosotros.

En la última cena, cuando va a llegar la hora de consumar su oblación, ¿qué es lo que dice a sus apóstoles reunidos a su alrededor? "No hay amor más grande que el de dar su vida por sus amigos". Y este amor que está por encima de todo otro amor, Jesús va a probarlo, pues, dice San Pablo, "es por todos nosotros que se ha entregado". Ha muerto por nosotros, "siendo así que éramos sus enemigos". ¿Qué mayor muestra de amor podía darnos? Ninguna.

Por eso el Apóstol no cesa de proclamar que "es porque nos ha amado que se ha entregado el Cristo". "La causa del amor que ha tenido para mí, me ha sido dado". Y "entregado", "dado", ¿en qué medida? Hasta morir: Semetipsum tradidit.

Lo que realiza infinitamente este amor, es la libertad soberana con la que se ha ofrecido el Cristo Jesús: Oblatus est qui ipse voluit. Estas dos palabras nos dicen cuán espontáneamente ha aceptado Jesús su Pasión. ¿No habéis dicho un día, hablando del buen pastor que da la vida por sus ovejas: "Mi Padre me ama porque yo doy mi vida, para tomarla otra vez; soy dueño de darla y dueño de recibirla".

Y ved cómo se han realizado estas palabras. En el momento de prenderlo, pregunta a los que quieren poner la mano sobre él: "¿A quién buscáis?" "A Jesús Nazareno". "¡Soy yo!". Y esta palabra, les hace caer en tierra. Si acudiese a su Padre, "el Padre pondría a mi disposición legiones de ángeles para libertarme". "Cada día estaba entre vosotros, enseñando en el templo y fuera, y nadie me prendió". Hubiera podido disponer que fuera lo mismo hoy, pero no lo quiere porque es llegada "su hora". Ved delante de Pilatos: reconoce que "el poder que tiene un gobernador romano para condenarlo a muerte, sólo lo tiene de su Padre". Si quisiera, se libertaría de su tirano, pero se entrega a un juez infame porque es la voluntad de su Padre.

Esta libertad con que Jesús da su vida es entera. Y esta es una de las perfecciones más admirables de su sacrificio, uno de los aspectos que constituyen más profundamente el carácter humano. "Dios ha amado tanto al mundo, que le ha dado su Hijo único"; el Cristo ha amado a tal punto a sus hermanos

que se ha entregado espontáneamente a sí mismo para salvarlos.

Todo es perfecto en el sacrificio de Jesús: el amor que le inspira y la libertad con que lo ejecuta. Perfecto asimismo en el don que se ofrece: el Cristo se ofrece El mismo: Semetipsum tradidit.

El Cristo se ofrece totalmente; su alma y su cuerpo han sido destruidos, "olidos por los padecimientos"; no hay ninguno que Jesús haya ignorado. Si Jesús atencionalmente el Evangelio, veréis que los sufrimientos de Jesús han sido dispuestos de tal modo que debían llegar a todos los miembros de su sagrado cuerpo.

que todas las fibras de su corazón fueran desgarradas por la ingratitude del pueblo, el abandono de los suyos, los dolores de su madre; que su alma santa tuvo que soportar todas las afrentas y todas las humillaciones que pueden atribuirse a un hombre. Ha rodado al pie de la letra la profecía de Isaías: "Muchos se han quedado aterrados al verlo, tan desfigurado estaba... no tiene ni forma ni hermosura para atraer vuestras miradas... se nos ha presentado como un leproso completamente desconocido".

Os hablaba anteriormente de la agonía en el Huerto de los Olivos. Cristo, que no exagera nada, descubre a sus apóstoles que "su alma inocente se sentía oprimida por una tristeza tan angustiosa y tan amarga que es capaz de causar la muerte". Talis est anima mea usque ad mortem. ¡Qué abismo! Un Dios, el

que se ha entregado espontáneamente a sí mismo para salvarlos.

que se ha entregado espontáneamente a sí mismo para salvarlos.

que se ha entregado espontáneamente a sí mismo para salvarlos.

que se ha entregado espontáneamente a sí mismo para salvarlos.

que se ha entregado espontáneamente a sí mismo para salvarlos.

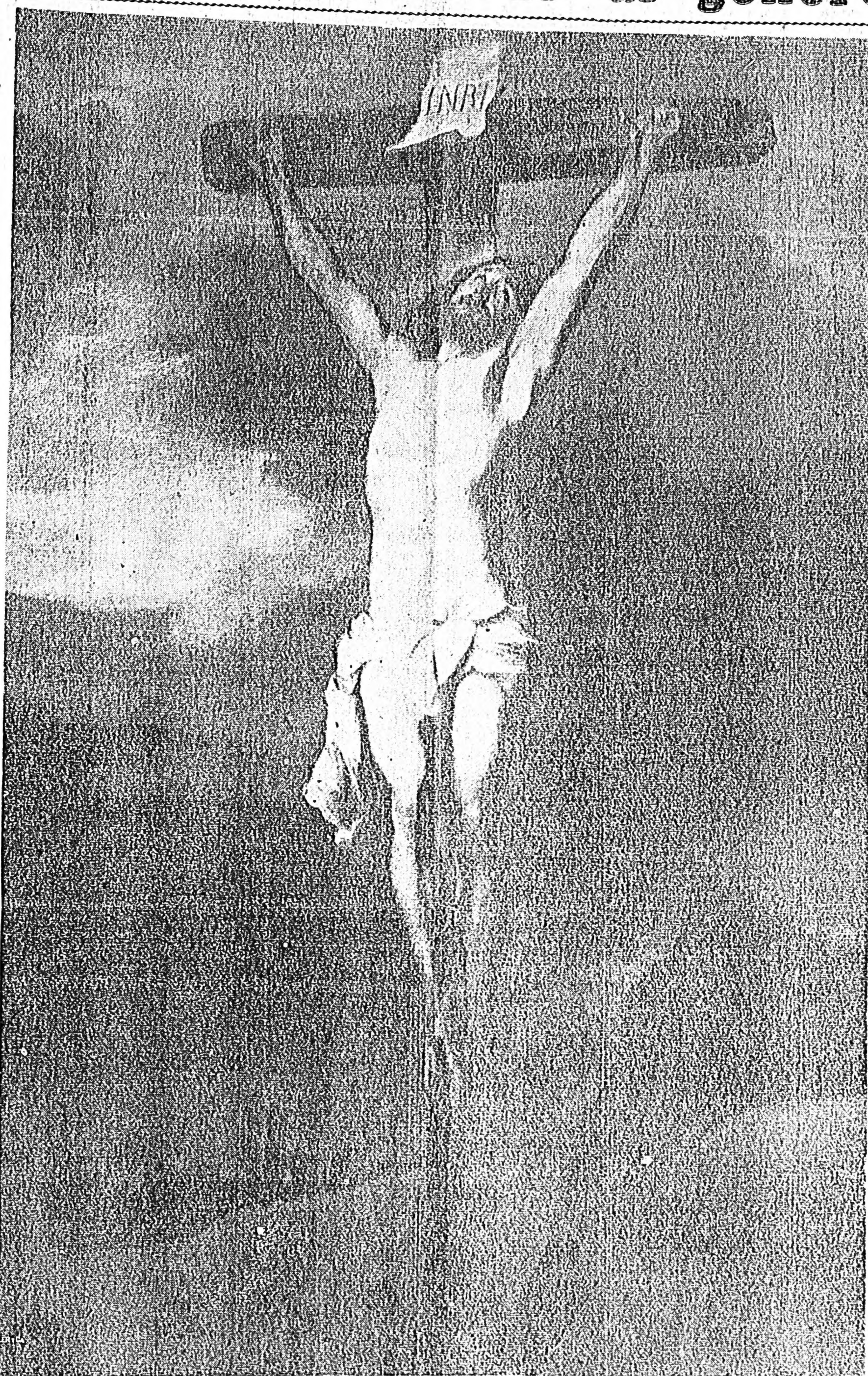
que se ha entregado espontáneamente a sí mismo para salvarlos.

que se ha entregado espontáneamente a sí mismo para salvarlos.

que se ha entregado espontáneamente a sí mismo para salvarlos.

que se ha entregado espontáneamente a sí mismo para salvarlos.

que se ha entregado espontáneamente a sí mismo para salvarlos.



## EL BIEN PUBLICO

"NUESTRA VICTORIA ES NUESTRA FE" (S. Juan 3, 4)

Año LXVII

Montevideo, jueves 29 de marzo de 1945

Número 20.618

Poder y la Bienaventuranza infinita, se halla abito por la trileza, por el terror y por el tedio.

El Verbo encarnado conocía todos los padecimientos que se iban a desplomar sobre él durante las largas horas de su Pasión; esa visión de su naturaleza, toda la repugnancia que hubiera podido experimentar una simple criatura; en la divinidad todos los pecados de los hombres, todos los ultrajes cometidos contra la santidad y el amor infinito de Dios.

Había cargado con todas estas iniquidades, se había revestido de ellas, por decirlo así, sentía pesarse sobre El toda la culpa de la justicia divina: Ego sum veritas et non homo, opprobrium homi-

num et obiecto plebis. El preveía que su sangre sería derramada inútilmente para muchos hombres, y esta visión llevaba al alma la amargura de su alma santa. Pero, como lo hemos visto, Cristo ha aceptado todo. Ahora, se pone de pie, sale del Huerto y va al encuentro de sus discípulos.

Aquí es donde comienza para Nuestro Señor esa serie de humillaciones y de tormentos que apenas podemos describir. Traicionado por el beso de uno de sus apóstoles, agarrado por la cohorte de soldados como un malhechor, es conducido a casa del sumo sacerdote. Allí "guarda silencio" en medio de las acusaciones falsas preferidas contra El.

No habla sino para proclamar que El es el Hijo de Dios. Esta confesión es la más solemne que Ja-

mas haya sido hecha de la divinidad del Cristo Jesús; rey de los mártires, muere por haber confesado su divinidad, y todos los mártires darán su vida por la misma causa.

Pedro, el jefe de los apóstoles, había seguido de lejos a su divino Maestro; le había prometido no abandonarlo nunca. ¡Pedro! Pedro! Vosotros sabéis cómo, por tres veces, negó a Jesús. Sin duda alguna, fue esa una de las penas más profundas para nuestro divino Salvador.

Los soldados cuidan a Jesús y lo colman de injurias y de malos tratamientos; no pudiendo soportar su mirada tan dulce, por irritación le vendan los ojos; le aplican insolentes bofetadas; se atreven a manchar vilmente con sus impuros salivares, ese rostro adorable que los ángeles no contemplan sino con atrobamiento.

El Evangelio nos muestra luego cómo Jesús, desde temprano, volvió a ser conducido ante el sumo sacerdote, después arrastrado de tribunal en tribunal; tratado por Herodes como insensato. El, la sabiduría eterna, flagelado por orden de Pilatos, los verdugos castigan su santidad a la inocente víctima, cuyo cuerpo pronto no es más que una lla-ga. Y, no obstante, esa cruel flagelación no basta a esos hombres; colocan con violencia una corona de espinas sobre la cabeza de Jesús y lo abruma con burlas.

El cobarde gobernador romano se imagina que el odio de los judíos quedará satisfecho al ver al Cristo en un estado tan

lastimoso; lo presenta a las turbas: Ecce homo, "¡He aquí al hombre!". Veamos en ese momento a nuestro divino Maestro sumergido en ese océano de pesares y de ignominias y pensemos que también nos lo presenta y nos dice: "¡Aquí veis a mi hijo, esplendor de mi gloria, pero herido a causa de los crímenes de mi pueblo! Propitius seculis populi mei percussus sum...".

Jesús oye los gritos de ese populacho enfurecido que le da la preferencia a un facinoroso y que, en pago de todos sus beneficios, reclama su muerte: Crucifige, crucifige eum.

La sentencia de muerte ha sido, pues, pronunciada, y Cristo, cargando su pesada cruz sobre sus lastimados hombros, se pone en marcha hacia el Calvario. (Cuántos dolores le están aún reservados!) La vista de su madre, a quien ama tan tiernamente y cuya aflicción valora más que nada; verse despojado de su sed ardiente. Además, los sarcasmos llenos de odio de sus mortales enemigos: "¡Tú que destruyes el templo de Dios, sálvalo... El mismo hablando de la cruz, y creyendo en El... A otros has salvado y no puedes salvarte a ti mismo". En fin, el abandono de su Padre, cuya santa voluntad ha cumplido siempre: "Padre, ¿por qué me has abandonado?".

Verdaderamente, ha bebido el cáliz hasta las heces, ha cumplido hasta la última gota es decir el último detalle todo lo que se había predicho de él. Así que, cuando ha sido cumplido, después de haber agotado hasta el fondo todos los dolores y todas las humillaciones, puede proferir su Consummationem est. Si "todo está consumado"; sólo le queda entregar su alma a su Padre: Et inclinat capite, tradidit spiritum.

Cuando la Iglesia, durante la Semana Santa, nos lee el relato de la Pasión, lo interrumpe en este pasaje para adorar en silencio.

Postremosnos como ella; adoremos a este crucificado que acaba de exhalar el último suspiro; El es verdaderamente el hijo de Dios; Deus verus de Deo verus.

El sacrificio de Cristo, que empezó desde la Encarnación, ha terminado; del costado abierto de Jesús brotan las fuentes de agua viva que van a purificar a la Iglesia. Ut sanctificet Ecclesiam... Ut illam sancta et immaculata. Este es el fruto perfecto de esta perfecta inmolación. "Por una única oblación, el Cristo Jesús ha traído para siempre a la perfección a aquellos que, en el correr de los tiempos, son santificados".

¿Cómo ha santificado a la Iglesia el Cristo Jesús con su oblación?

Como ya lo sabéis, nuestra santificación consiste esencialmente en una participación de la naturaleza divina mediante la gracia santificante. Esta gracia nos hace hijos de Dios, justos a sus ojos, herederos de su gloria.

Por el pecado estábamos privados de la gracia, éramos enemigos de Dios, excluidos de la gloria celestial.

Por medio de su sacrificio, Cristo ha destruido el pecado y nos ha devuelto la gracia. Según la expresión de San Pablo, "Cristo, dejándose clavar en la cruz, ha asegurado la sentencia de condenación y de muerte pronunciada contra nosotros"; nos ha reconciliado para siempre con su Padre.

Además, Cristo ha merecido para su Iglesia, todas las gracias que le son necesarias para fundar esa sociedad que El quiere "sua mancha, sin arruga, sino santa e immaculada".

En efecto, el valor de estos frutos es infinito. ¿Por qué así? (Acaso sus padecimientos, por extensos y profundos que hayan sido, no han conocido límites? Ciertamente; pero el que, por medio de ellos, ha merecido por nosotros, es un Dios; y aunque sólo haya sufrido en su naturaleza humana esos dolores y el mérito que le han dado, pero a un Dios, por eso su precio es infinito).

El Cristo Jesús ha merecido, pues, para nosotros, todas las gracias que le son necesarias para fundar esa sociedad que El quiere "sua mancha, sin arruga, sino santa e immaculada".

Como cabeza y jefe de la Iglesia, Cristo ha merecido para ella la abundancia de gracia que la hace "belli y gloriosa".

El celo de los apóstoles a la fortaleza de los mártires, la constancia de los confesores, la pureza de las vírgenes, se alimentan de la sangre de Jesús. Todos los favores, todos los dones que regocujan a las almas, hasta los privilegios únicos que han sido concedidos a la Virgen María, son el precio de ese sangre preciosa. Y como este precio es infinito, no hay gracia que no pueda ser obtenida, accediendo a nuestro Pontífice y Mediador.

La muerte de Jesús es el fundamento de nuestra confianza, pero para que sea plenamente eficaz, nosotros también debemos tener parte en su Pasión; en la cruz, Cristo Jesús nos representaba a todos; pero si bien ha sufrido por nosotros todos, no nos aplica los frutos de su inmolación sino asociándonos a su sacrificio.

¿Cómo tomaremos parte en la Pasión de Jesús? De varios modos.

El primero es contemplar a Cristo Jesús con fe y amor, en las etapas de la vida dolorosa.

Todos los años, durante la Semana Santa, la Iglesia revive con Jesús, día por día, hora por hora, todas las fases del misterio sangriento de su Esposo divino. Pone a todos sus hijos ante el espectáculo de esos padecimientos que han salvado a la humanidad. En otro tiempo, las obras serviles estaban prohibidas durante esos santos días; se suspendían los negocios, se diferían los procesos, y el ejercicio de la abogacía no estaba autorizado. El pensamiento de un Hombre-Dios, recordando al mundo con sus tormentos, ocupaba todos los espíritus, conmovía todos los corazones. Ahora, ¡tantas almas salvadas con la sangre de Cristo pasan esos días en la indiferencia! Seamos tanto más fieles para contemplar, en unión con la Iglesia, los diversos episodios de este santo misterio. Encontremos en él una fuente inapreciable de gracias.

La Pasión de Jesús ocupa un lugar tal en su vida, es a tal punto su obra, le ha otorgado tanto crédito, que ha querido que su recuerdo fuese traído a nuestra memoria no solamente una vez por año en las solemnidades de la Semana Santa, sino todos los días; ha instituido El mismo un sacrificio para perpetuar a través de los siglos la memoria y los frutos de su oblación en el Calvario; es el sacrificio de la misa: Hec facite in memm commemorationem.

Asistir a este santo sacrificio u ofrecerlo con Cristo constituye una participación íntima y muy eficaz en la Pasión de Jesús.

En fin, podemos también asociarnos a este misterio soportando, por amor a Cristo, las penas y adversidades que tenemos que sobrellevar según los designios de su providencia.

Cuando Jesús se dirige al Calvario, azotado bajo su pesada cruz, esa carga lo hizo caer; El, a quien la Escritura designa como "la Fortaleza de Dios", Virtus Dei, lo vemos humillado, débil, postrado en tierra. No tiene fuerzas para llevar su cruz. Es éste un homenaje que rinde su humanidad al poder de Dios. Si quisiera, Jesús podría, a pesar de su agotamiento, llevar su cruz hasta el Calvario, pero en ese momento la divinidad quiere, para salvación nuestra, que la humanidad sienta su flaqueza para que nos alcance la fuerza para soportar nuestros sufrimientos.

(Continúa en la pág. 2)













100







